

Retrato y Antirretratos

El Rey Sol del 50

Por Filebo

Podrá parecer una extravagancia, pero a veces pienso en Giaconi, en Claudio Giaconi. Está lejos. Dicen que en Nueva York es ahora reportero de la UPI. Fue una especie de "Rey Sol" de la generación de 1950. Publicó "La Difícil Juventud", y ahí comenzó su vía crucis. Enflaqueció, leyó el "Oblomov", de Goncharov, y cayó en una especie de éxtasis. Quiso aprender ruso. Se convirtió en exégeta de Gogol. Enfermó de grave dolencia en una rodilla. Levó a Dostoievski en la versión de Rafael Cansinos Assens. Su éxtasis cobró furiosos extraños. Escribía, escribía sin parar. A veces llegaba a este diario a las 12 de la noche y me ayudaba a redactar notas de humor negro. A esa hora, generalmente, escaseaban los cigarrillos. Se ponía a buscar uno, como loco. Iba de sección en sección. Todos los cigarrillos de la noche ya habían sido fumados. Los nervios empezaban a devorarlo. Finalmente preparaba un gran cigarró con papel de diario, sin tabaco. El humo fuerte, picante, insoportable, lo envolvía, lo atragantaba, le arrancaba toses y lágrimas. Con un juramento de novela de corsarios, tiraba, a la postre, todo por la borda.

En un número de la revista "Vanidades" vi, no hace mucho, la fotografía de Giaconi al lado de la de Carlos Fuentes, el escritor mexicano. En el reportaje afirmaba que había dejado de ser escritor, ¡que había optado por el periodismo! En la foto, Giaconi aparecía con bigote grande y pelo largo. Era otro. Algo de "cocker-spaniel" en su efigie. A mí me había reprochado siempre la dedicación al periodismo. El soñaba con la gran Literatura, no contaminada por humos en papel de diario.

Un día se fue, no sé cómo, a Europa. Creo que ganó una beca para Italia. De ahí pasó a Francia. Estuvo estudiando en Lovaina. Conoció a una persona que lo invitó a los Estados Unidos. Antes, en Roma, una noche, había saludado con fuerte apretón de manos a Jean-Paul Sartre y a Simone de Beauvoir. Estas cosas me las contaba en cartas frecuentes. Lo único que pedía, a cambio, era una retribución de palabras. Quería oír, saber, lo que pasaba en su remoto Chile. En los Estados Unidos ganó, de pronto, una plaza de lector de literatura hispanoamericana en la Universidad de Pittsburgh. En Pittsburgh le dolía la rodilla por el exceso de frío. Se compró un "Mustang" deportivo y viajó una vez a la costa

de California. Atravesaba un gran desierto y se encontró de improviso en el ojo de una tormenta. Escuchaba los anuncios por la radio del coche cuando de repente quedó todo acallado. Estaba metido hasta el cuello en la tormenta. Salió ileso, no supo nunca cómo, de aquella prueba aterradora.

Cada dos o tres años venía a Chile. Llegaba a visitarme, en sacro rito, al diario. Me invitaba a comer perniles al restaurante "El Congreso". Decía que las comidas norteamericanas resultaban, en comparación con las chilenas, productos de industrias petroquímicas.

En 1969 lo vi por última vez. Permaneció aquí varios meses. Arrendó una casa en Isla Negra y pretendió escribir una novela. La novela se convirtió en un montón de papeles rotos. Bien, ¡adiós novelístico! Había que levar anclas. Un mediodía nos reunimos en "El Candil" para almorzar. Nos acompañaba Jorge Edwards, autor de "El peso de la noche" (hoy, además, brillante confesionista moderno con "Persona non grata"). Preparábamos el Encuentro Latinoamericano de Escritores.

El almuerzo fue una fiesta jubilar. Jugamos al despliegue de todas las imaginaciones. A una mesa muy cercana llegó un hombre de corpulencia nada común. Imaginamos que era el cubano Lezama Lima. Sin demora, conjeturamos (dados nuestros datos "bio-bibliográficos") que esperaba la llegada de un efebo. Y el efebo, en efecto, apareció. Nos reímos mucho observando los afanes de "Lezama Lima". Tanta fue la potencia imaginativa que nos disponíamos a pedirle un autógrafo cuando el visitante resolvió irse.

Después nos marchamos juntos. Al poco tiempo, Giaconi emprendía otra vez vuelo hacia los Estados Unidos. Al partir me dijo: "Me gustaría vivir en Chile; pero si me quedara, con lo que yo sé hacer no tendría dinero ni para comprarme una bicicleta". En Nueva York debe ser propietario de un automóvil grande, cómodo.

El periodismo no es siempre oficio de duelos y quebrantos.

Daría ahora cualquier cosa por ver a Giaconi, curado ya de la dolencia de su pierna, curado ya de la dolencia literaria.

FILEBO



ROMERA

Claudio Giaconi
(Visto por Romera).